

## LA DIMENSIÓN RELIGIOSA DE ALGUNOS CONFLICTOS CONTEMPORÁNEOS

*THE RELIGIOUS DIMENSION OF SOME CONTEMPORARY CONFLICTS*

**Juan Matas M.\***

Laboratoire Dynamiques Européennes  
DynamE, UMR 7367 CNRS, Université de Strasbourg, Estrasburgo - Francia.

*Recibido julio de 2017/Received July, 2017*  
*Aceptado agosto de 2017/Accepted August, 2017*

### RESUMEN

De manera general, la religión ha constituido un factor de rivalidad y de conflicto entre grupos en el seno mismo de cada una de las principales religiones y entre religiones, sin que esto implique que otros factores (económicos, culturales, geoestratégicos, etc.) son menos poderosos para explicar las guerras y otras formas de conflicto que intervienen entre grupos sociales y/o entre naciones. En este artículo le doy un énfasis especial a los conflictos que conciernen al islam, tanto entre *sunitas* y *chiítas* como entre musulmanes y no-musulmanes, porque es hoy por hoy un tema que, ligado al terrorismo y a los atentados que éste ha llevado a cabo -principalmente desde unos veinte años a esta parte- representa un desafío para la democracia y las libertades individuales y colectivas de aquellas sociedades en que éstas existen.

¿Qué ha producido al llamado islamismo radical? ¿En qué medida las transformaciones socioeconómicas de las sociedades musulmanas y de las sociedades con los más altos niveles de desarrollo pueden explicar este fenómeno? He allí algunas de las interrogantes que trato aquí, aunque sea brevemente, de analizar.

**Palabras Clave:** Conflicto, integrismo, laicismo, radicalización, yihad.

### ABSTRACT

*In a general way, religion has been a factor of rivalry and conflict between groups within each one of the main religions and between religions, even if that doesn't mean that other conditioning factors, as economics, cultural or geostrategic, are weaker to explain wars and other forms of conflict that occurs between social groups and/or nations.*

*In this paper, I put a special emphasis to the conflicts concerning Islam, as well between Sunnis and Shi'ites than between Muslims and no-Muslims, because it's nowadays a theme that, going together with terrorist attacks -mostly in the last twenty years- is representing the biggest threat for democracy and individual and collective liberties in those societies where these values exist.*

*What had produced the so-called radical Islamism? To what degree the socio-economic transformations in the Muslim societies and in those with the higher levels of development can explain this phenomenon? These are some of the questions that founds here my reflection.*

**Key Words:** Conflict, fundamentalism, secularism, radicalization, jihad.

En este siglo XXI, marcado por el predominio de la racionalidad y los avances científicos y tecnológicos de todo tipo, subsiste (y parece ir creciendo peligrosamente) la intolerancia religiosa, un fenómeno -claro está- muy antiguo pero que se presenta hoy, en nuestro mundo globalizado, con

---

\* Autor correspondiente / Corresponding author: matas@unistra.fr

características adaptadas al cambio y adoptando a menudo algunos avances tecnológicos, lo que -sea dicho de paso- aumenta su peligrosidad.

En las siguientes reflexiones, que podrían constituir un prolegómeno para una investigación empírica en este campo, focalizaré mi atención sobre dos dimensiones de esta cuestión: el aspecto encarnizado de la lucha por la supremacía de una corriente religiosa sobre las demás al interior de una misma religión (por ej. entre católicos, protestantes y ortodoxos en el cristianismo, o entre *sunitas* y *chiítas* en el Islam, pero estos ejemplos no agotan las oposiciones dentro de ambas religiones ni suponen que las demás religiones estén exentas de este tipo de rivalidades), y la lucha por imponer la “verdadera fe” a las ovejas descarriadas que pertenecen a otros ámbitos religiosos o, peor aún, a aquellos que se declaran agnósticos, libre-pensadores o (palabra casi impronunciable para nuestros modernos inquisidores) ateos... También me interesaré en la parte final de este artículo, por los factores que explican, principalmente en Francia, la radicalización, si este término designa el fenómeno a través del cual ciertos individuos entran en la espiral que los conduce al terrorismo, y en la discusión actual sobre los dispositivos y medidas para luchar contra los estragos que este último produce y para prevenir la radicalización y, cuando es posible, reinsertar a sujetos radicalizados.

Antes de comenzar con mis breves reflexiones, quiero poner de manifiesto que éstas no tienen como meta alimentar una propaganda antirreligiosa ni mucho menos. En primer lugar (aunque no sea lo más importante) soy católico, más creyente que practicante (si este último adjetivo se aplica a la frecuentación asidua de un edificio religioso), lo que ya explica el significado de mi advertencia. Pero sobre todo creo que la dimensión religiosa está presente en el ser humano, en toda época y en todas las latitudes, de tal manera que luchar contra ella sólo puede llevarnos a los desvaríos como los del ateísmo oficial de los Estados que se decían comunistas (quedan algunos que mantienen esa denominación pero ya casi ninguno sigue empeñado en su lucha antirreligiosa) o a los crímenes de los “*Khmer rojos*” en Camboya, decididos a crear el hombre nuevo (y ateo, por supuesto) en los campos de concentración creados para “reeducar” a los “aburguesados” habitantes de las ciudades de su país, tras su infausta llegada al poder y durante su (afortunadamente corta) dictadura.

Creo que la creencia religiosa (para los creyentes y para los no-creyentes, naturalmente) pertenece al ámbito privado y no da derechos ni privilegios a unos en menoscabo de otros; es sobre esa base que se construyeron Estados laicos, es decir respetuosos de las creencias de todos (a condición de que éstas respeten las leyes y la convivencia con el resto de la ciudadanía) pero imponiendo la neutralidad religiosa en la esfera pública, dicho de otra manera, el aspecto privado de la religión. Francia construyó el laicismo sobre los cimientos ideológicos de la Revolución de 1789, y poco a poco éste se fue expandiendo junto con la modernidad, adoptado y adaptado por muchos Estados y casi condición *sine qua non* de la democracia y de la libertad de conciencia. Comprendemos así por qué es absolutamente falso asimilar un Estado laico a uno antirreligioso, aunque algunos grupos religiosos se empeñen en crear esa confusión, por razones a menudo inconfesables... No deja de ser preocupante la extensión, en el seno de las principales religiones (no sólo las monoteístas, por lo demás) de una voluntad de luchar contra esta laicización, que se percibe como una amenaza para la fe religiosa. En un libro publicado en 1991, y sugestivamente llamado *La revancha de Dios. Cristianos, judíos y musulmanes reconquistando el mundo*, Gilles Kepel sitúa a mediados de los años 1970 el paso de un período en que las principales religiones parecían dispuestas a aceptar la modernidad, la privatización de la creencia religiosa y la necesidad de adaptarse al cambio en las realidades materiales y en las mentalidades, a una nueva fase:

Un nuevo discurso religioso toma forma, ya no para adaptarse a los valores seculares sino para dar nuevamente un fundamento sagrado a la organización de la sociedad -cambiándola si fuera necesario. Este discurso, a través de sus múltiples expresiones, preconiza la superación de una modernidad puesta en jaque, cuyos fracasos y atolladeros son debidos, según esta lógica, a un alejamiento de Dios. Ya no se trata de un *aggiornamento*, sino de una “segunda evangelización de Europa”. Tampoco se trata de modernizar al islam, sino de “islamizar la modernidad”. Este fenómeno ha adquirido desde hace unos quince años una dimensión universal: surge en civilizaciones que difieren tanto por su origen cultural como por su nivel de desarrollo. Pero, en todas partes, se despliega como una reacción a una “crisis” de la

sociedad que dice haber identificado en sus causas profundas, más allá de los síntomas económicos, políticos o culturales a través de los cuales esta crisis se manifiesta. (Kepel, 1991, p. 14, [traducción propia]).

En esta obra, el autor hace hincapié en lo que asemeja a las tres religiones que estudia, y también en las diferencias que existen en el rechazo de la secularización, que puede ir de una voluntad de restringir sus espacios hasta su supresión completa, y nos ayuda a entender los procesos que se han acelerado en algunos aspectos (el yihadismo, por ejemplo, sólo estaba en 1990 dando sus primeros pasos).

Bien, tras este preámbulo podemos entrar de lleno en el tema. Primero abordaremos la lucha por la supremacía de una corriente religiosa sobre las demás al interior de una misma religión, aunque naturalmente los dos aspectos que aquí reviso tienen muchas interferencias recíprocas. Aunque aquí le daremos especial énfasis a lo que ocurre con dos religiones monoteístas que focalizan generalmente la atención de los observadores a nivel global, esto no significa que sean las únicas concernidas. El judaísmo, el hinduismo y el budismo, por ejemplo, también pueden entrar en el marco de este análisis. Si examinamos la abundante actualidad de esta lucha, vemos cómo se despliega, sin embargo, más bien en los países musulmanes (o con mayoría musulmana) y, en un grado hoy por hoy menor, en aquellos mayoritariamente cristianos, o de población de origen religioso mayoritariamente cristiano. Esta última distinción se justifica, ya que en muchos de estos países una proporción creciente de la gente se declara sin religión, lo que es casi imposible en los países musulmanes o en todos aquellos en que el laicismo es desconocido como práctica estatal.

Los orígenes de esta lucha en el seno de una misma religión tienen, en general, raíces históricas en cuanto a la interpretación del dogma que reúne a los creyentes y también, a menudo, pugnas por el poder entre los “guardianes de la ortodoxia” que dieron lugar a uno o varios cismas. Ambas dimensiones se van transformando con el correr del tiempo, aunque mantienen un núcleo que justifica el mantenimiento de posiciones divergentes (y a menudo antagónicas). Junto al aspecto conflictual, se desarrollan tendencias al diálogo y al acercamiento entre las corrientes doctrinarias de

una misma religión: por ejemplo, el ecumenismo que conoce un auge en la segunda mitad del siglo XX, durante y después del periodo papal de Juan XXIII, tiene una historia antigua, al comienzo para un acercamiento entre católicos romanos y ortodoxos. Este movimiento interconfesional busca promover acciones comunes entre los creyentes de diferentes ramas del cristianismo, y tiene por objetivo lograr la unidad de todos ellos, a través sobre todo de iniciativas concretas. Pero los obstáculos para ello son numerosos: basta observar esta realidad en el conflicto norirlandés, que permanece vigente aunque el período más álgido de éste parece haber pasado, o en las rivalidades -a veces cruentas- de grupos católicos y protestantes (de la corriente llamada evangélica) en diferentes lugares de América Latina, muy en especial en comunidades indígenas. Claro que todo esto parece insignificante comparado con el período de la Inquisición o con aquel de las muy difíciles relaciones entre católicos y protestantes, doquiera ambas comunidades compartieran territorio. La base religiosa de muchos conflictos se combina con una base étnica, socioeconómica, ideológica, etc. Por ejemplo, el conflicto en la ex Yugoslavia no opone sólo a cristianos y musulmanes (en Bosnia, principalmente) y a serbios y albaneses (en Kosovo, muy en especial), sino también a croatas, mayoritariamente católicos, y serbios ortodoxos (con grupos protestantes más pequeños en algunas de esas repúblicas), y por supuesto a grupos que monopolizan, en su beneficio, el poder con otros que se encuentran excluidos o marginados de éste.

Un elemento mayor de la pacificación de las relaciones entre grupos confesionales cristianos ha sido la laicización gradual del Estado moderno, y la subsecuente privatización de la creencia religiosa. Los antagonismos de grupo se desplazan hacia otras características, como los intereses económicos o las ideologías políticas, pacificando el terreno de la práctica religiosa, tanto más que esta última presenta una participación generalmente menor, principalmente por parte de las nuevas generaciones. En los países musulmanes, y singularmente en los países árabes, las tentativas de secularización del poder político y de modernización de las sociedades, han hasta ahora fracasado por diversas razones. Ejemplo paradigmático de este fenómeno plural es el *Baas* (o *Ba'ath*), Partido Socialista de la Resurrección Árabe, que dirigió de alguna manera, durante largos años Irak (hasta la caída de Saddam

Hussein) y Siria (el actual dirigente de ese país, Bachar al Assad, y su padre y antecesor en el poder son herederos del *Baas* sirio). Recordemos que el *Baas*, junto al entonces presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, fundaron la efímera República Árabe Unida, formada por Egipto, Irak y Siria. El partido *Baas* se reclamaba de una ideología modernista y laica, pero también nacionalista y panárabe, lo que finalmente contribuyó a su fracaso. Por otra parte, el nasserismo en Egipto o el FLN en Argelia -con algunas diferencias importantes con el *Baas* pero también con muchos aspectos coincidentes con él- tuvieron ese mismo afán, y conocieron a su vez el mismo fracaso. Fuera del mundo árabe, pero con muchas interrelaciones materiales e ideológicas con éste, en Irán el movimiento progresista liderado por Mohammad Mossadegh intentó introducir reformas sociales, políticas y económicas cuando estuvo en el poder, entre 1951 y 1953, año en que fue derrocado por un golpe de Estado fomentado por el *Shah* y la Anglo-Persian Oil Co., tras la nacionalización del petróleo que su gobierno llevara a cabo. El fracaso de Mossadegh marcó un rumbo al Irán moderno y cerró la corta etapa de democracia por muchos años, y para qué decir nada de las consecuencias del fracaso de la laicización que su gobierno estimulaba. De cualquier forma, se puede decir que globalmente los experimentos modernizadores han fracasado hasta hoy en estos países y el retroceso laico prosigue hoy en la región con el fuerte empuje de las fuerzas religiosas y anti-laicas en un país tan importante como Turquía, donde la llegada al poder de Recep Tayyip Erdoğan y su Partido de la Justicia y el Desarrollo pone en jaque la doctrina oficial laica del Estado turco, heredada del creador de la República Turca y líder de la Revolución fundadora de la Turquía moderna, tras la caída del Imperio Otomano, Mustafa Kemal Atatürk. Lo aquí expuesto concierne las dos dimensiones que construyen este trabajo: las relaciones entre creyentes de diversos grupos de una misma religión, y las relaciones entre creyentes de religiones diferentes. Por ejemplo, en Irak una minoría sunita gobernaba el país y ejercía políticas discriminatorias desfavorables para la mayoría *chiíta*, y las (malas) relaciones del Irán *chiíta* con las monarquías *sunitas* del Golfo pérsico tienen fundamentos geoestratégicos y socioeconómicos, pero la dimensión religiosa tiene una singular importancia.

En cuanto a la lucha por imponer la “verdadera fe” a aquellos que pertenecen a otros ámbitos religiosos o que se declaran agnósticos, librepensadores o ateos, lo primero que podemos decir es que tiene muchos rasgos comunes con el tema evocado anteriormente, aunque con un carácter aún más álgido. Para los creyentes más exaltados, convertir al infiel es salvarlo de las tinieblas más irremediables, y podemos imaginar mirando la historia antigua o reciente todos los crímenes que se pueden cometer en nombre de esa “salvación”. En todo caso, mi propósito aquí es de comprender cómo los fracasos que he aquí descrito han creado la situación actual y abonado el terreno para todos los extremismos e irredentismos, incluso los más criminales, como en el caso de *Al Qaeda* del célebre Osama bin Laden, y del Estado islámico de Irak y el Levante, conocido también como *Dáesh*. A la dimensión religiosa, es necesario agregarle la económica, la sociopolítica y la demográfica, por lo menos, pero cada una conserva su especificidad aunque interactúe con las demás: la eficacia del llamado al *yihad* o “guerra santa para extender la ley de Dios” reside en el adoctrinamiento radical de la población musulmana que llevan a cabo, adrede o involuntariamente, ciertos *imams* (por así decirlo, los clérigos musulmanes). Esto no es muy diferente de lo que existió durante mucho tiempo en las Iglesias cristianas, y principalmente en la Iglesia católica, pero las evoluciones a las cuales me he referido (aunque muy brevemente) explican que no se pueda decir que esa es la situación imperante en el mundo cristiano hoy por hoy. Para que puedan existir soluciones durables que creen nuevas relaciones entre creyentes islámicos y cristianos, parece necesario que este tipo de evolución también se dé en el mundo musulmán, pero no es mostrarse excesivamente pesimista decir que no parecemos habernos acercado a esta meta durante el último medio siglo.

El antropólogo franco-norteamericano Scott Atran afirma que

Las sectas fundamentalistas, así como las sectas religiosas más efímeras, nacen a menudo en las franjas de la sociedad más desfavorecidas o privadas de derechos cívicos (...). Se manifiestan con más vehemencia bajo la forma de movimientos milenaristas que aparecen en tiempos de crisis y de opresión social (...), de caos político (...) o económico (...), de guerra (...), o de epidemias (...). En

los Estados Unidos y en el conjunto de los países industrializados, las sectas fundamentalistas y ciertos cultos religiosos podrían ser, en parte, reacciones a la movilidad social y a la “flexibilidad” económica institucionalizadas, que acarrearán una atomización de la familia y de la comunidad tradicionales (entre generaciones), desorientando el sí mismo de manera crónica en amplios segmentos de población de nuestra “cultura”. (Atran, 2009, p. 155, [traducción propia]).

Hoy podemos ver que la adhesión a las tesis extremistas de grupos político-religiosos parece aplicarse perfectamente a este esquema, ante nada (pero no sólo) entre los jóvenes musulmanes más desvalidos, en los países europeos en todo caso, ya que en África del Norte y Medio Oriente son más bien jóvenes de las llamadas “clases medias” los que son los más numerosos en los sectores radicalizados.

La inmigración de musulmanes provenientes de diversas regiones africanas y de Medio Oriente en diversos países europeos, y el auge de grupos musulmanes que han desarrollado, por diferentes razones, estructuras comunitarias poco permeables, ha sido -en estos últimos tiempos por lo menos- un motivo de preocupación para los poderes públicos, en la medida en que la mayor parte de los actos de terrorismo que se han cometido en el período reciente han sido perpetrados, en efecto, por descendientes de estos inmigrantes. Desde luego, esto sólo concierne a una pequeña minoría de estos grupos migrantes, pero no por ello tiene menor importancia. Veamos en qué tiene relación con el tema que aquí nos preocupa, aplicado al caso francés -uno de los más importantes en lo que a migraciones se refiere en Europa.

Ante nada, al abordar esta cuestión delicada, entre otras cosas por el uso político que se ha hecho de ella y por el impacto que puede tener sobre una parte importante de la población, y no sólo de los elementos xenófobos de ésta, es necesario recordar algunas evidencias. En primer lugar, la integración de los inmigrantes y de la llamada “segunda generación”, que siempre ha existido, y sobre todo desde que a mediados del siglo XIX Francia se convirtiera en un país de inmigración bastante masiva, sigue funcionando, con adaptaciones por cierto, ya que ni la sociedad francesa ni el mundo en el cual se haya inserta son los

mismos que hace unos ciento cincuenta años atrás. Esta integración, que he tenido la oportunidad de examinar por estar relacionada con el objeto de algunas de mis investigaciones (Matas, 2007), es un proceso intergeneracional que ha estado muy ligado a tres elementos: el universo laboral, el mundo escolar y el barrio y las relaciones de vecindad. En los últimos treinta años, la crisis que afecta a las categorías más desprovistas de la sociedad ha golpeado, por ende, a muchos inmigrantes y a sus familias, y esto ha constituido un obstáculo para la integración. Cada uno de los elementos que mencionamos aquí se ha visto enfrentado a serios disfuncionamientos y dificultades. Segundo, el desarrollo del extremismo y del islamismo fundamentalista en varios países africanos y asiáticos ha banalizado el uso de la violencia justificada por objetivos religiosos y ha tendido a dar la imagen de una guerra entre musulmanes y cristianos, propagada por fanáticos que a menudo utilizan las mezquitas como lugares para difundir -y dar legitimidad a- su mensaje de odio y de destrucción. Para jóvenes que han perdido la brújula de los valores y que se encuentran en situaciones difíciles, esto puede ser considerado como un refugio o algo que viene a darle sentido a sus existencias. Por último, las respuestas a estos fenómenos han sido débiles y poco coherentes, lo que es un reflejo de una sociedad desconcertada por el desafío al cual se haya confrontada. Se trata de encontrar una fórmula que utilice a la vez las indispensables herramientas represivas pero combinándolas con prevención y reinserción, esta última cuando se puede aún contemplar -dados el recorrido, la situación y la personalidad de aquel (o aquella) a quien se podría aplicar. La toma de conciencia de la sociedad y de las autoridades permite esperar que estas respuestas vayan modificándose en el sentido de una mayor eficacia. El giro hacia esta nueva situación parece haber coincidido con los horribles crímenes terroristas del 2015, en el teatro Bataclan, en la redacción del semanario satírico *Charlie Hebdo* y en un supermercado *cashier*, hechos todos ellos ocurridos en París y de los que fueron autores jóvenes franceses musulmanes de familias inmigradas. Se ha puesto sobre el tapete a través de estos hechos luctuosos la criminalización de un grupo de jóvenes con estas características (llamada a veces la “radicalización”, aunque el término usado presta para amalgamas y confusión), y esto parece positivo para dejar de practicar una “política

del avestruz” que no se caracteriza por su eficacia para resolver el problema. Pero hay que tener cabal conciencia de que esta desastrosa evolución no va a poder ser modificada de la noche a la mañana y parece ineluctable que haya aún graves episodios como los antes citados. Lo que sí es necesario es que las respuestas sean lo más rápidas, eficaces y coherentes posible, que el repudio a estos actos sea masivo y que se materialice también en actos concretos en el seno mismo de las comunidades inmigradas y que el aislamiento de los autores sea real y duradero. Esto se aplica, obviamente, a los “combatientes” franceses que regresan de Siria o de Irak, principalmente, y que deben rendir cuentas ante la justicia y no encontrar “comprensión y simpatía” en sus respectivas comunidades. Así es como se podrá avanzar hacia soluciones más duraderas del problema que aquí evocamos.

Desde luego, hay que procurar entender qué ha llevado a estas situaciones, aunque sólo fuese para proponer la elaboración de políticas que modifiquen no únicamente los efectos que hemos descrito acá de manera breve, sino también las causas. Así es como se puede afirmar que la discriminación y el racismo son también responsables del callejón sin salida en el que se encuentran muchos jóvenes de las llamadas “minorías visibles”. Claude Liauzu sostiene que

La sociedad francesa está mal preparada para asumir una de las tendencias de nuestra época, la pluralidad cultural, cuya importancia creciente podemos constatar, que nos guste o no. Ésta no haya su lugar, desde luego, en la tradición nacionalista, que ha alimentado los brotes xenófobos de los años 1880-1890, 1930-1940 y el que vivimos actualmente, pues ella rechaza cualquier diferencia como una amenaza. No encuentra tampoco su lugar en la tradición asimilacionista heredada de la Revolución. Pero ese modelo ¿puede aún ser reproducido tal cual hoy por hoy? ¿Cómo conciliar pues pluralidad y cohesión social? (Liauzu, 1999, p. 155, [traducción propia]).

Considerar la pluralidad cultural como una amenaza no parece la mejor manera de tratar esta cuestión. Por otra parte, muchas familias pertenecientes a las categorías más pobres de la sociedad (y no sólo inmigrantes, por lo demás) tienen grandes dificultades para asumir su rol de protección y de socialización de la joven generación,

ya que se encuentran sumidas en la incertidumbre y enfrentan (los padres en mayor medida que las madres, muy a menudo) una pérdida de puntos de referencia sociales y culturales que se repercute en el espacio familiar. Aquí también encontramos lo que puede ser (y es, a veces) el papel que puede jugar la religión (cualquiera que ésta sea) con esas familias, y muy en especial con esos jóvenes. Acompañar a esas familias y ayudar a encauzar a esos jóvenes no es tarea fácil pero hay estructuras religiosas, asociaciones y personas que lo intentan y a veces lo logran. La religión puede no estar condenada a ser un instrumento manejado para excitar el resentimiento y la intolerancia, para halagar los más bajos instintos de las personas y los grupos más frágiles y para dar una coartada a quienes siembran los vientos del odio y de la destrucción. En muchos lugares de Francia (y de otros países) los creyentes y los clérigos católicos, protestantes, musulmanes y judíos (por referirme sólo a las grandes religiones monoteístas) han entablado un diálogo concreto en torno a acciones que pueden realizar conjuntamente para reunir a las respectivas comunidades en acciones comunes y suscitar un mejor conocimiento del Otro, una buena armonía y un respeto mutuo. Esos ejemplos, desgraciadamente, son menos conocidos porque menos espectaculares que los hechos luctuosos a los que nos referimos anteriormente, pero son aquellos que nos parecen cumplir con lo que puede y debe ser la creencia religiosa. Conocerlos, estimularlos y difundirlos parece ser una tarea positiva para ayudar a salir del atolladero en que nos encontramos. Si el ecumenismo logró, por lo menos en alguna medida, modificar la percepción recíproca de los diversos grupos cristianos, un diálogo interreligioso (que en ciertos países debe ir más allá de las religiones monoteístas) parece por lo menos tanto o más urgente y necesario. Muchas de estas acciones son una encarnación de esa sentencia bíblica que dice “¡Paz en la Tierra a los hombres (yo agregaría: y a las mujeres) de buena voluntad!”.

La religión es, pues, a la vez una de las dimensiones del problema y puede ser uno de los instrumentos que nos ayude si no a resolverlo, porque me temo que una solución completa y definitiva para él no existe, por lo menos a disminuirlo y a cambiarle el perfil. Con esto quiero decir que es urgente hacer perder la “legitimidad” religiosa a todos aquellos que buscan azuzar el odio y destruir

la base de cualquier tipo de entendimiento. Si las autoridades tienen su cuota de acciones que realizar para cumplir con estos objetivos, es sobre todo la sociedad civil, la ciudadanía, usted y yo, quienes deben (debemos) poner manos a la obra. Para ello, es necesario -entre otras cosas- entender lo que lleva a algunos jóvenes a adherir a estas ideologías y al fundamentalismo religioso que pretenden detentar quienes las elaboran y propagan. A ello puede ayudarnos el libro, fundamental para este tema, que publicó Farhad Khosrokhavar a fines de 2014, es decir, antes de los atentados que -el año siguiente- enlutaron a Francia y produjeron un efecto en la población que se puede, hasta cierto punto, comparar con el que surtieron los atentados del 2001 contra las torres gemelas en Nueva York y el Pentágono en Arlington, en las cercanías de Washington :

De cualquier forma, existe una relación entre el yihadismo y la exclusión social : aquella en Europa de generaciones descendientes de la inmigración y que se encuentran reducidas a la marginalidad; en el mundo musulmán, aquella de capas sociales modernizadas, sobre todo de las clases medias, portavoces autoproclamadas de las capas reducidas a la indigencia o a la impotencia (*mostadh'af*), muchos jóvenes educados que no encuentran trabajo y que se sienten excluidos de la sociedad por poderes despóticos y corruptos. A ello se agrega la desaparición de un mundo bipolar en el cual la ideología jugaba un papel esencial en ambos lados, y ahora el islam asume en parte el rol antes destinado a las utopías de la salvación colectiva, ya sea en su versión marxista (la lucha de clases pone fin a la injusticia social) o liberal (el mercado como solución milagrosa para todos los problemas). (...) La radicalización está marcada por la articulación entre una visión ideológica radical y la voluntad implacable de su puesta en práctica. (Khosrokhavar, 2014, pp. 20-21, [traducción propia]).

Si queremos extirpar el terrorismo, en su versión islamista y también en las demás, que han cobrado en Europa y en el resto del mundo su cuota de víctimas inocentes, debemos en primer lugar entender cómo logra captar simpatizantes y transformar a una (pequeña) parte de éstos (y éstas) en fanáticos implacables y en futuros asesinos. Tampoco está demás entender cómo las

transformaciones de las sociedades modernas, una menor capacidad de aceptación de las desigualdades económicas, sociales y culturales y al mismo tiempo un aumento de estas desigualdades y un clima de pesimismo de cara al futuro son factores que acrecientan los riesgos de ver aumentar el vivero de las organizaciones terroristas. Del mismo modo, es el barril de pólvora del Medio-Oriente, las transformaciones sociodemográficas, las democratizaciones fracasadas, la corrupción, el conflicto entre Israel y sus vecinos árabes, las guerras de Kuwait y de Irak, la anarquía siria y un largo etcétera lo que explica el éxito de la ideología yihadista y los estragos que ésta ha producido, tanto en el seno del islam como fuera de él.

Otro aspecto de la cuestión es aquel que tiene relación con el uso de nuevas tecnologías por parte de los grupos terroristas (y a veces incluso de individuos que actúan aisladamente, aunque se reclamen de tal o cual organización). Muchos especialistas han subrayado el papel que juega muy a menudo internet y las redes a las cuales van a conectarse quienes están comenzando un proceso de radicalización. Pero no sólo va a funcionar como un instrumento para “informarse” y entrar en contacto con organizaciones o con personas afines. Como nos lo recuerda el mismo Farhad Khosrokhavar,

[la] dimensión de “*star* negativa” es fundamental en la subjetivación de aquellos que se radicalizan hoy por hoy, en particular los yihadistas pero también alguien como Anders Breivik, el terrorista noruego de extrema derecha autor de la masacre del 22 de Julio de 2011. (...) Para él, los atentados se inscribían en el marco de la publicidad alrededor de su proyecto para una nueva Europa. (...) La acción y su cobertura mediática mundial son ya indisociables, la dimensión simbólica de información, pero también de intimidación y de fascinación, y el acondicionamiento del adversario mediante el choque de las imágenes (que despierta el sentimiento de omnipotencia del actor) que va junto con la brutalidad de la acción: el sujeto radicalizado actúa tanto para causar “daños” como “ruido” para su causa. Por otra parte, quienes se radicalizan sienten siempre una injusticia profunda hacia ellos y hacia el grupo al cual creen pertenecer, y piensan que una actitud reformista no sirve de nada. Todo sentimiento de una injusticia intolerable no da necesariamente lugar a

una radicalización, pero toda radicalización presupone este sentimiento en sus actores de base. (Khosrokhavar, 2014, pp. 27-29, [traducción propia]).

Este último aspecto es muy importante, ya que permite a quienes entran en esta nefasta espiral autojustificarse: la culpa es de la sociedad, de quienes tienen el poder (económico, social, cultural o político, o todo a la vez) en sus manos, o de tal o cual grupo más o menos mítico (los curas, los judíos, los masones, los comunistas, los yanquis, etc.), de todos quienes nos dominan y nos humillan... No tiene mayor importancia que la veracidad de estas afirmaciones no resista el menor examen, ya que es ante nada hacia sí mismo que se usa esta justificación -y, por lo demás, los que comparten esas ideas serán de su mismo parecer.

Es menester interrogarse sobre las razones que explican por qué en el mundo musulmán, y sobre todo en los países árabes, las corrientes políticas que se reclaman del islam -principalmente de las versiones más integristas o extremistas de éste- han encontrado tanto eco en la población y muy especialmente en la juventud. Las llamadas primaveras árabes comenzaron generalmente como una lucha de sectores democráticos contra los dictadores que se hallaban por largos años a la cabeza de sus respectivos países: evocaremos aquí la situación de dos de ellos, que fueron de alguna manera los más paradigmáticos de las llamadas "revoluciones árabes". Ben Alí en Túnez y Mubarak en Egipto representaban perfectamente a los tiranos que se trataba de derrocar para abrir el camino del cambio (democratización, políticas sociales y económicas menos leoninas para los sectores más vulnerables, freno a la corrupción, modernización reclamada por una parte importante de los jóvenes urbanos, trato igualitario para las mujeres, etc.). Sin embargo, a poco andar, los sectores que no sólo no se reconocían en este ideario sino que eran sus más resueltos opositores -denunciando el occidentalismo que éste reflejaba e incluso el carácter antirreligioso de sus propuestas- fueron cobrando mayor protagonismo y desplazaron a los sectores democráticos. Esto fue claramente el caso egipcio, en que la Hermandad musulmana, antigua organización integrista que había, por ejemplo, luchado contra el gobierno reformista de Nasser, aprovechó su implantación y los errores del novicio movimiento democrático que los jóvenes trataban de construir, para ganar las elecciones que

tuvieron lugar tras el derrocamiento de Mubarak y comenzar a implantar una república islámica, siendo finalmente derrocados por las Fuerzas Armadas y volviendo a una situación muy parecida a la que existía durante el gobierno de Hosni Mubarak... En Túnez prevalecieron el diálogo entre amplios sectores de las fuerzas políticas opuestas a Ben Alí y la búsqueda de consensos, en un país socio-políticamente frágil y económicamente exangüe. Pero la situación tunecina sigue siendo difícil y un nivel importante de corrupción y de desigualdades sigue pareciendo insoportable a amplios sectores de la población. Por otra parte, como lo recordaba un artículo del Huff Post del 28 de Diciembre de 2016, "El retorno de los Tunecinos de las Zonas de tensiones. Los partidos políticos toman posición", Túnez es, según cifras de la ONU, con unos 5.500 de sus ciudadanos que se han incorporado a organizaciones yihadistas, uno de los principales países del mundo afectado por esta calamidad, el primero del *Maghreb*, lejos delante de Marruecos (alrededor de 1.300). En este artículo, se resalta que aunque todos los partidos más importantes del país condenan el actuar de estos terroristas, algunos son partidarios de juzgarlos en Túnez y, para los menos implicados de ellos, buscar su rehabilitación, otras fuerzas son partidarias de no permitir su regreso a Túnez y de ayudar a que sean juzgados en los países en que cometieron sus crímenes. Este debate recuerda aquel que ya existe en varios países europeos y que, con el derrumbamiento de *Dáesh* en los sectores que ocupaba en Siria e Irak, se hará cada día más urgente. En todo caso, la pregunta que podemos hacernos es por qué Túnez figura con una cifra tan alta de extremistas que se han enrolado en las organizaciones terroristas de Medio Oriente. Cabe recordar que los atentados cometidos en Túnez mismo, y que han tenido nefastas consecuencias para el país, muestran que los grupos terroristas siguen siendo una amenaza real para la población y para su joven institucionalidad democrática.

Sea lo que sea, no se puede hacer un análisis satisfactorio de la situación de los países árabes si dejamos de lado el factor religioso. Éste juega un papel muy importante en todos los sectores de la vida social, política y cultural, y la conformidad de los actores de la vida pública respecto a la religión es (explícitamente o de forma tácita) una obligación. Desde luego, algunas de estas sociedades tienen un carácter plurirreligioso (El



Líbano es la que primero se nombra al respecto, pero muchas otras presentan esta característica en mayor o menor grado, por ejemplo Egipto, Siria o Palestina), pero incluso en el caso de estas últimas los individuos pertenecen a tal o cual comunidad religiosa y es en función de ella que deben actuar en el espacio público. Esto tiene una serie de consecuencias que no son baladíes. En lo que concierne a nuestro tema, el radicalismo, como lo muestra Khosrokhavar, se expresa de manera diferente entre los *sunnitas* y los *chiíes*; en efecto, entre estos últimos, minoritarios (entre 10 y 15% de los musulmanes, comparado al sunismo que reúne a más de 80% de éstos) y que sólo son mayoritarios en cuatro países (en Irán, Irak, Azerbaiyán y Baréin), desde la revolución islámica iraní de 1979 que comenzó con el derrocamiento del *Shah* y luego se desembarazó de los otros opositores de la monarquía (principalmente organizaciones de izquierda) para instalar el poder de los ayatolas, en un régimen teocrático *sui generis*, con ciertas formas democráticas que han ido cobrando vigor con el tiempo, el radicalismo se nutre de las instituciones del Estado, que apoya a tal o cual grupo (como el *Hezbollah* en El Líbano, muy activo en el escenario del Medio Oriente), obteniendo de ellos que se supediten al régimen de Teherán y de sus jefes religiosos. En el sunismo, la situación es más compleja. El radicalismo integrista va a manifestarse, principalmente, con el nacimiento y el rápido desarrollo de *Al Qaeda*, que va a ser uno de los principales protagonistas de la guerra contra los soviéticos en Afganistán (es bien sabido que, por su eficacia y sus métodos expeditivos, este grupo, dirigido por Osama bin Laden, hijo de uno de los empresarios más ricos de Arabia Saudita, fue entrenado y financiado por la CIA) y posteriormente, junto con apoyar a los talibanes para confiscar el poder en ese país e implantar un régimen extremista que se recuerda, entre otras cosas, por haber prohibido la enseñanza para las niñas o haber dinamitado estatuas de Buda, patrimonio mundial de la humanidad, que eran consideradas blasfematorias por esos “gobernantes”, bin Laden va a ser el organizador de varios ataques terroristas que culminarán con los atentados del 11 de Septiembre de 2002 en Nueva York y Arlington. La ideología de este personaje estaba basada en el odio y el racismo pero eso no le impidió calar profundamente en amplios sectores musulmanes, sobre todo en Medio Oriente pero también entre

jóvenes (descendientes de inmigrantes de África del Norte o conversos) en Europa y otros lugares del mundo. Junto a su antisemitismo, su anticomunismo y su antiamericanismo (entendido como el rechazo a los Estados Unidos de Norteamérica), su cuarto “pilar ideológico” (aunque esta expresión me parezca aplicarse mal a alguien tan elemental en el plano intelectual como bin Laden) era su odio hacia los *chiíes*, considerados como el enemigo interno más peligroso para el “verdadero islam”. De *Al Qaeda* nació el radicalismo *sunita* en su versión actual (*Dáesh* ha hoy remplazado a esta organización como el grupo terrorista con mayor vigencia) y eso implica que, fuera de Afganistán durante el régimen de los talibanes, esta forma de extremismo puede haber gozado de algunos apoyos y simpatías en los círculos de poder de algunos países de la región pero no al mismo nivel que el radicalismo *chiíta*, y hoy en día hasta esas complicidades más o menos pasivas se han vuelto problemáticas. Ello no debe llevarnos a pensar que el peligro que representan estos fanáticos está comenzando a desaparecer: es una tarea de largo alcance lograr desterrar a quienes han sembrado tanta desolación, y cabe recordar aquí que la gran mayoría de sus víctimas inocentes han sido poblaciones civiles, musulmanas en la mayor parte de los casos, y no sólo del grupo religioso adverso (*chiíes*, sobre todo) sino también del propio.

¿Por qué se puede decir que el tema del extremismo y la radicalización islamistas es algo nuevo para Francia, y más ampliamente para las sociedades de Europa occidental? Para responder a esta interrogante, hay que tener en cuenta los siguientes elementos: en primer lugar, si en Francia existía una inmigración norafricana relativamente antigua (digamos desde la Primera guerra mundial), ésta tenía un carácter muy mayoritariamente temporario y se componía en gran parte de hombres que tenían su familia en el país de origen, y fue poco a poco que esa inmigración se transformó, como lo mostró en varios de sus trabajos Abdelmalek Sayad (1977), tomando un aspecto familiar y menos provisorio -en la mayor parte de los casos, definitivo. La llamada “segunda generación”, los hijos (y ahora ya también los nietos) de estos inmigrantes, a veces nacidos en el país de origen y habiéndose criado en Francia, pero más a menudo nacidos en Francia, es un fenómeno (en su dimensión masiva) relativamente reciente. Veremos que, por diversas razones, las dificultades

que tiene una parte de estos jóvenes para integrarse en la sociedad francesa tendrán un impacto directo (para una pequeña minoría, por cierto) en los procesos de radicalización que abordamos aquí. Si esta situación es relativamente nueva para la sociedad francesa, lo es mucho más aún para la mayor parte de las otras sociedades europeas, con la excepción de Gran Bretaña, probablemente. Es diferente estar confrontados a una amenaza que viene del exterior o que ésta venga de personas que forman parte de nuestra sociedad, es decir un “enemigo interno”, que actúa conscientemente para perjudicar al país al que pertenece. Es mucho más difícil actuar eficazmente en este caso, y más aún hacerlo sin caer en la trampa de la xenofobia o el racismo que, desde luego, los ideólogos del terrorismo tratan de estimular para justificar sus actos y captar apoyo entre los sectores migrantes, que les son globalmente muy desfavorables. En segundo lugar, desde el fin de la Segunda guerra mundial y sobre todo de las guerras de descolonización (Indochina y Argelia principalmente, en el caso francés), los brotes violentistas de grupos extremistas tuvieron un carácter muy minoritario y esporádico, sin poder, ninguno de ellos, disponer de una base de apoyo mínimamente significativa en el seno de la población. Aunque los yihadistas hoy tampoco gozan de un apoyo importante, hay -sobre todo entre los musulmanes de Francia- sectores que van desde cierta “comprensión” hacia ellos hasta una simpatía que puede llegar al apoyo y a la captación de nuevos miembros para sus organizaciones (o los pequeños grupos que forman parte del archipiélago terrorista). Los primeros trabajos de investigación al respecto de los cuales disponemos muestran que, si aquellos que cometen los atentados en Francia o que se unen a los “combatientes de la fe” en Medio Oriente o en otros lugares pertenecen más bien a los sectores más desfavorecidos, entre los simpatizantes y también probablemente entre los adherentes de estas organizaciones hay una proporción no tan pequeña de quienes son designados como los descendientes de inmigrantes árabes que forman parte de las “capas medias” y también de los conversos al islam. Es importante que podamos conocer mejor a quienes forman parte de este “archipiélago terrorista” para poder combatirlos de manera más eficaz. Tercero, desde hace más de setenta años los países de Europa occidental (Grecia, Portugal y España sólo tras la desaparición

de sus respectivas dictaduras fascistas, en los años 1970) y, más recientemente, los países llamados del ex bloque soviético, han ido consolidando la democracia y el ejercicio de las libertades públicas, haciendo de la gran mayoría de los países de este continente una feliz excepción democrática en un mundo agitado por violentos trastornos. Desde luego, afortunadamente hay muchos países democráticos fuera de Europa, y desgraciadamente ni en Europa ni en ningún otro lugar del mundo la democracia es idílica y está exenta de disfuncionamientos. Pero lo que quiero subrayar aquí es que la evolución de la amenaza terrorista, y en muy primer lugar la de los yihadistas, conlleva algunos efectos colaterales de los cuales debemos estar conscientes, para limitarlos tanto como sea posible. La lucha antiterrorista ha llevado, en Francia y en otros países que se encuentran enfrentados a este fenómeno, a la adopción del estado de emergencia que restringe, inevitablemente, las libertades públicas, y al contemplarse por parte de las autoridades prolongar por largo tiempo este estado y desarrollar un arsenal de medidas para restringir la amenaza terrorista, estamos de alguna manera haciendo el juego de quienes son los principales liberticidas, los yihadistas en este caso, ya que obligan a restringir las libertades fundamentales que son constitutivas del sistema de valores democráticos que defienden Francia y otros países europeos. Aquí podemos citar a Philippe Migaux :

Aumento del número de militantes yihadistas decididos a pasar a la acción terrorista, culto del mártir, multiplicación de los objetivos de débil intensidad desprovistos de capacidad propia de protección, nuevos modos operativos más discretos por parte de lobos solitarios o de grupos domésticos de tamaño reducido y con comportamientos poco detectables antes de pasar al acto, necesidad democrática de equilibrar las nuevas necesidades de seguridad y el ejercicio de las libertades públicas, capacidad de imaginación de las organizaciones terroristas para aumentar el sentimiento de horror, ocupación del espacio de las redes sociales por la ideología yihadista (...). La tarea de los servicios antiterroristas se anuncia bien complicada en los años venideros. (Migaux, 2015, p. 244, [traducción propia]).

Aquí vemos lo compleja que es esta situación, ya que es imprescindible buscar la mayor eficacia para luchar contra el terrorismo y, al mismo tiempo, salvaguardar los valores de la democracia y el buen funcionamiento del Estado de derecho. El terrorismo, yihadista o cualquier otro, no nos debe contagiar con su desprecio por los valores fundacionales de nuestro “vivir juntos”, porque esa es una de las tantas victorias que no le podemos permitir. Pero eso requiere tener en cuenta todo lo que hay que modificar para no dejar resquicios de ningún tipo a quienes pretenden socavar las bases de nuestros tipos de sociedades.

En Chile, y de manera más general en América latina, el tema que he tratado aquí puede parecer tener poca importancia dado que, afortunadamente, hasta hoy no hemos estado muy implicados en lo que a terrorismo yihadista se refiere. Existen, por cierto, comunidades árabes en muchos países latinoamericanos y Chile no es una excepción al respecto, pero por diversas razones la integración de estas comunidades ha sido armoniosa y fecunda, muchos descendientes de los inmigrantes llegados

de Siria, El Líbano o Palestina han destacado en sus áreas de actividad, y la inmensa mayoría de ellos se encuentra perfectamente inmersa en sus respectivas sociedades. Pero creo poder esgrimir tres argumentos en lo que respecta el interés que puede tener este tema. En primer lugar, si este tipo de terrorismo no se ha desarrollado en Chile ni en los demás países latinoamericanos, sabemos perfectamente que han existido (o existen aún) en la casi totalidad de ellos terrorismo de Estado, terrorismo de grupos extremistas, terrorismo de minorías oprimidas, no se trata de asimilarlos unos a otros pero todos alteran la tranquilidad y la paz, cobran víctimas inocentes y justifican escaladas de violencia y contra-violencia. Aunque cada terrorismo tenga su especificidad, conocer a uno que está en plena expansión puede llegar a ser útil. Segundo, la intolerancia religiosa a la que nos referimos en la primera parte de este artículo no concierne a una sola religión, y las cuestiones aferentes al tema de la laicización forman parte de los debates de sociedad más álgidos en nuestra región. Y por último, la tan mentada globalización hace que no podamos excluir formar parte en el futuro de los escenarios en que el terrorismo yihadista promueve sus intereses. Por todas estas razones, creo que tomar conocimiento de lo que sucede en otras regiones del mundo no es sólo una manera de aumentar nuestra cultura general.

### Referencias

- Atran, S. (2009). *Au nom du Seigneur. La religion au crible de l'évolution*. Paris: Ed. Odile Jacob.
- Kepel, G. (1991). *La revanche de Dieu. Chrétiens, juifs et musulmans à la reconquête du monde*. Paris: Ed. du Seuil.
- Khosrokhavar, F. (2014). *Radicalisation*. Paris: Ed. De la Maison des Sciences de l'Homme.
- Liauzu, C. (1999). *La société française face au racisme*. Bruxelles: Ed. Complexe.
- Matas, J. (2007). Cohesión social y discriminación étnica: una incompatibilidad fundamental. *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Arturo Prat, 18, 35-51.
- Migaux, P. (2015). Potenciación y fragmentación de las amenazas yihadistas. En David Benichou, Farhad Khosrokhavar, & Philippe Migaux (Eds.), *Le jihadisme. Le comprendre pour mieux le combattre*. Paris: Ed. Plon.
- Sayad, A. (1977). Les trois "âges" de l'émigration algérienne en France. *Actes de la Recherche en sciences sociales*, 15, 59-79.